

HABRÁ UN MAÑANA

Andrea Gandiaga

Para el niño, la felicidad se medía en observar las estrellas. Sabía que era algo cursi. Inservible. Sin sentido. Pero al chico que contemplaba el cielo a su lado se le daba bien engatusar a todo el mundo con su sonrisa. Y él no podía hacer otra cosa que dejarse llevar.

—Mira, hermanito, esa es la Osa Mayor. —Solía señalar el firmamento mientras hablaba—. Y esa de ahí es Sirio, la estrella más brillante de todas. Es increíble, ¿verdad?

El niño asintió con la cabeza. Lo cierto era que aquello no le importaba lo más mínimo. Pero su hermano mayor era un ídolo para él. Era todo aquello que él mismo quería llegar a ser. Y, si su hermano era feliz, entonces él también.

—¿Te cuento un secreto? —El niño sonrió en respuesta—. Creo que, cada vez que alguien se va, se convierte en una estrella y ocupa su lugar en el cielo.

—¿En serio?

—Oh, sí. —Su hermano alzó la mirada y esbozó una ligera sonrisa—. Pero no te equivoques, no se van del todo. Nos observan. Están pendientes de lo que hacemos aquellos a los que han querido. Aquellos que quedamos. Porque la muerte llega. —El niño le miró las manos. Le temblaban—. Pero el amor, hermanito, es eterno.

Al niño le hubiera gustado creerlo. Sin embargo, pronto aprendió que había algo más eterno que el amor. *El dolor*.

Tras un par de parpadeos, Enrique volvió a centrarse en el presente. Miró la hora. Había ido a la cafetería a por algo de beber y se había perdido en los recuerdos. Se le había hecho un poco tarde. Había acabado de atender sus citas de hoy pero, con un resoplido, comprobó que se había dejado la cartera en su consulta. Suspiró y se encaminó de vuelta a ella.

No habían pasado ni dos días desde sus vacaciones y ya estaba cansado. Su trabajo le ayudaba a tener un propósito. Una razón por la que levantarse cada mañana. Pero era agotador. Había dedicado una gran parte de su vida a llegar hasta donde estaba. La aflicción fue su motor. Había convertido el vacío de su corazón en un motivo para seguir adelante. Pensó que, si lo conseguía, podría cambiar las cosas. Sin embargo, sus días eran monótonos, indistintos unos de otros. En tan solo un par de años, por su consulta habían pasado ya centenares de personas. No recordaba sus nombres, pero sí sus caras.

Lágrimas cayendo por el rostro de una joven. Un anciano santiguándose. Padres desconsolados. Familias destrozadas. Niños sin comprender lo que pasaba.

No era culpa suya. Enrique lo sabía. Pero la mayoría de las veces era incapaz de mantenerles la mirada a sus pacientes mientras les daba la noticia. Algunos se libraban. Otros se curaban. Y, entonces, él sonreía. Pero, cuando la cosa no iba así, cuando se sentía como un ejecutor portando un billete de ida al patíbulo... Simplemente, no podía mirarles. No podía.

Las paredes blancas lo rodeaban. Había caminado por aquellos pasillos miles de veces. Lo asfixiaban. Tras unos segundos, por fin llegó. Había una pequeña sala de espera frente a su consulta y la de su compañera, Ainhoa. Comprobó que solo había una persona aguardando en ella. Se fijó bien. Era una chica desgarrada y de ojos marrones. Cuando la vio, en lo más hondo de su ser, le resultó extrañamente familiar. Pero no sabía decir por qué.

Se acercó a ella. Estaba leyendo una revista con una fotografía de Sirio en la portada. Enrique sonrió.

—La quinta estrella más cercana al Sol. —La joven alzó la mirada y lo observó—. Su brillo aumentará durante los próximos sesenta mil años y se espera que...

—Se convierta en la Estrella Polar Sur mientras se acerca cada vez más al Sistema Solar. La chica esbozó una sonrisa al acabar la frase.

—¿Te gusta la astronomía?

—¿A quién no?

Enrique se rio.

—A mí hace dieciocho años, por ejemplo.

Ella arqueó las cejas.

—Pues sabes bastante. ¿Dónde lo aprendiste?

—Mi hermano quería ser astrónomo. Venía a despertarme mientras mis padres dormían y me llevaba al tejado a mirar las estrellas.

—¡Vaya! Yo no tengo hermanos. Ni padre, ya de paso. Nunca llegué a conocerle.

—Oh. —Enrique no supo qué decir. Aquello le pasaba a menudo. Al contrario de lo que se hubiera esperado de alguien de su profesión, no se le daba bien hablar con la gente. Era pésimo ofreciendo palabras de consuelo. Su hermano no había sido igual. Era amable, bromista y amigable. Todo el mundo lo quería. Ahora que lo pensaba, había tenido una novia. Enrique llegó a conocerla, pero no volvió a saber nada de ella después de...

—No pasa nada. Somos solo mi madre y yo. Estamos bien.

—¿Y cómo empezaste a interesarte por la astronomía...?

—Micaela. Me llamo Micaela.

—Enrique. Encantado de conocerte, Micaela.

—Lo mismo digo. Pocos días te encuentras a alguien con tus mismos intereses. Bueno, pues, hace cinco años, estaba en clase de Historia y dimos algo de mitología griega...

La conversación duró más de lo previsto. Había algo en Micaela que a Enrique le recordaba tanto a su hermano... Los mismos ojos profundos, la misma sonrisa traviesa. Le gustaba hablar con ella. Era como si aún quedara en el mundo un pedacito de él.

—Entonces eres doctor, ¿no?

—Oncólogo, sí. Mi consulta es esa de ahí. Ahora que lo pienso, mi cartera sigue dentro.

—Ya veo. En fin, por lo que se ve, a mi doctora le queda un rato. Ve a buscarla si quieres. Seguiré aquí cuando termines.

Enrique se puso pálido. Por un instante, se había olvidado del lugar en el que estaban.

—Espera... ¿Tu doctora?

En ese momento, una mujer salió del baño.

—Sí que has tardado, mamá —le dijo Micaela a modo de saludo.

—Lo sé, cielo. He tenido que pedirle ayuda a una limpiadora. El lavabo no funcionaba.

—Al verlo sentado junto a su hija, la mujer se paró en seco—. ¿Y usted es...?

—Enrique —se apresuró a decir él—. Pasaba por aquí y, bueno...

—Nos hemos hecho amigos —sonrió Micaela.

Sin embargo, la mujer no la miraba a ella. Seguía contemplando a Enrique fijamente, como si hubiese visto un fantasma. Este último frunció el ceño. Sentía que había visto a aquella mujer antes. Madre mía, ¿qué le pasaba hoy?

—Yo soy Lucía —dijo ella, tras unos instantes más de escrutinio—. Encantada.

Abrió la boca para decir algo. No obstante, la puerta de la consulta se abrió y salió Ainhoa.

—Hola, Micaela. Lucía, ya podéis pasar.

Micaela se despidió de él con la mano y Lucía le lanzó otra mirada antes de marcharse.

Al cabo de unos días, volvió a verlas. Había hablado con Ainhoa a la mañana siguiente de conocer a Micaela y, tras mucho insistir, yendo en contra de sus principios, su compañera le había hablado sobre la situación de la joven. Un extraño caso de leucemia. No era hereditario. Le había dado un diagnóstico hacía poco. Aquel día, les contó a ella y a su madre en qué consistía el tratamiento. Esta vez, Micaela se alegró de verlo. Convenció a su madre para tomar algo los tres juntos después de hablar con Ainhoa. Iba a aceptar el tratamiento.

Para Enrique, la reunión fue un poco incómoda. Lucía no dejaba de lanzarle miradas furtivas desde su lado de la mesa mientras él y Micaela parloteaban sobre cualquier cosa. La joven le pidió a su madre que intercambiaran los teléfonos. Ella no fue capaz de negarse. Aunque era un poco rara, Enrique debía reconocer que se notaba que haría lo que fuera por su hija. Aun así, le resultó algo extraño. Al fin y al cabo, acababan de conocerlo. Podía ser un asesino en serie. Micaela era todavía una niña, pero ¿su madre?

Desde entonces, empezaron a quedar de vez en cuando. Por lo visto, no tenían familia. Era cierto lo que le había dicho Micaela sobre que estaban solo las dos. A él le ocurría algo similar. Sus padres habían fallecido en un accidente de tráfico y, bueno, su hermano...

Poco a poco, Lucía comenzó a mostrarse más receptiva con él. Micaela fue de gran ayuda. La intentaba incluir en sus conversaciones y las risas de los tres no tardaban en seguir.

Hubo un día en que la mujer lo llamó y le pidió que la acompañara a dar un paseo por el parque. Micaela estaba en el instituto. Quería llevar una vida normal hasta que su condición se lo permitiera. Era la primera vez que quedaban solos.

Enrique se presentó en el lugar acordado con el corazón en la mano. Tenía la sensación de que estaba a punto de ocurrir algo. Lucía llegó a los pocos minutos.

—Yo... Estoy aquí porque quería hablar contigo sobre algo, Enrique. Algo importante.

—¿Es por Micaela? ¿Está peor?

—No. Bueno, ya sabes cómo va, pero no es por eso.

—De acuerdo. —Enrique tragó saliva y añadió—: Cuéntame.

Lucía respiró hondo y dijo:

—Conocí a tu hermano. —Enrique se quedó paralizado—. Más que eso. No sé si lo recuerdas, pero estábamos juntos. Solía ir a verle al hospital.

Enrique estaba a punto de decir algo, pero...

—Por favor, espera, déjame terminar. Estos últimos meses, te he estado observando. Pensaba que lo sabías. Que hubieras aparecido de la nada parecía demasiada casualidad. Pero ahora veo que estaba equivocada.

—¿Y qué es eso que debía saber, Lucía?

—Micaela. —La mujer volvió a coger aire—. Es tu sobrina.

Ante la sorpresa de Enrique, Lucía se lo contó todo. Cómo se había enterado de que estaba embarazada una semana después de que su hermano, Miguel, muriera. Cómo le había parecido cosa del destino. Habían tomado precauciones, estaba segura. Pero la vida le había quitado a su amor y, a cambio, le había dado una hija.

Le habló sobre la reacción de sus padres. Se lo había dicho antes que a los suyos propios. Le dijeron que era un milagro. Que no se preocupara de nada. Tendría a la niña y ellos la cuidarían. Pero Lucía se negó en rotundo. Era *su* hija. Suya y de Miguel. No la escucharon.

Convencieron a sus padres de que la obligaran a entregársela cuando naciera. A ellos les avergonzaba que, siendo tan joven, ella llevara un bebé en su vientre. El bebé de un muerto.

—Así que mentí. Con la ayuda de uno de los médicos que conocía a Miguel, dije que había tenido un aborto espontáneo. Y me fugué. Perdí el contacto con todo el mundo. Pero no me importó. Porque solo la necesitaba a ella. La luz de mi vida. Micaela. Mi pequeño ángel.

»Me las apañé como pude. Comencé a trabajar. Cuando Micaela se hizo algo mayor, me apunté a la universidad y me saqué la carrera poco a poco. Sobrevivimos. Estábamos bien.

Lucía sollozó.

—No es justo, Enrique. Tiene sueños. Esperanzas. Le queda una vida entera por delante. ¿Por qué ella? ¡Maldita sea! ¡Tiene diecisiete años, por Dios! ¡Es una cría! ¿Por qué...?

Entonces, se echó a llorar. Los transeúntes se la quedaron mirando. Pero a ella no le importaba. Estaba a punto de perder aquello que más quería. Enrique lo entendía. Ya había pasado por ahí. Ambos lo habían hecho. Y, ahora, la historia se repetía. Otra vez.

Y a Enrique no se le ocurrió ninguna otra cosa que pudiera hacer. Salvo abrazarla.

Micaela se fue deteriorando poco a poco. La quimio hizo que se le cayera el pelo. No echó ni una lágrima. Y es que, a pesar de todo, la chica siguió sonriendo. A Enrique le pareció curioso. Eran tan idénticos... Y ni siquiera habían llegado a conocerse.

Si había algo que decir a favor de Micaela era que nunca perdió las ganas de vivir. Era fuerte. Dura de roer, sin duda. O, al menos, eso era lo que les dejaba ver a él y a su madre.

Empezó a llamarlo tío. Cada día que pasaba, quería oír más historias sobre su padre. Enrique se sintió agradecido. Por tener la oportunidad de compartirlas.

Iba a peor. Lucía y él lo sabían. Ella siguió luchando, pero ya no había nada que hacer. Se agotaba el tiempo. Un día, así, sin más, se fue. Sin hacer ruido. Igual que lo hizo él.

Lucía estaba destrozada. Perder a un hijo... Te desgarrar el corazón. Se lo lleva todo. Te corroe por dentro. Hasta que, a veces, ya no queda nada.

Por ello, unos días después de su muerte, Enrique la ayudó a subir al tejado y le dijo...

—Hace dieciocho años, vine aquí, solo, a mirar las estrellas. Sabía casi todos sus nombres. Mi hermano me los enseñó. Pero, aquel día, vi una nueva estrella en el cielo. Era pequeña, mucho más que el resto. Como si acabara de nacer. Entonces recordé algo que Miguel me dijo antes de morir. —Lucía lo escuchaba con atención—. Cuando alguien se va, no lo hace del todo, porque viaja al firmamento y ocupa su lugar en él. En mi interior, supe que aquella estrella era lo que quedaba de su alma.

Le señaló un rincón en el cielo, donde, ahora, dos estrellas brillaban juntas.

—¿Ves esa de ahí, la que está a su lado? —Lucía asintió—. Esa es Micaela.

La mujer sonrió y apoyó la cabeza en su hombro.

Habrà un mañana donde los niños sigan riendo, sus padres no deban dejar de verlos crecer y los abuelos no sufran en sus últimos años de vida.

Habrà un mañana donde el sol se ponga por el horizonte y nos vayamos a dormir pensando: «si me toca, seré fuerte». «Si me toca, tendré cura».

Pero también habrá un mañana donde los que se fueron caerán en el olvido. Donde ya nadie recuerde sus nombres. Donde los sueños, el dolor y la esperanza queden enterrados bajo el logro de aquel que resuelva el enigma. Y es que, para el mundo, siempre ha resultado difícil recordar. Pero hemos de hacerlo. Por ellos.

Debemos recordar.